



Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas

ISSN: 0210-5233

consejo.editorial@cis.es

Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Arias Maldonado, Manuel

La globalización de los movimientos sociales y el orden liberal. Acción política, resistencia cívica,
democracia

Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 124, 2008, pp. 11-44

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99712086001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La globalización de los movimientos sociales y el orden liberal. Acción política, resistencia cívica, democracia

The globalization of social movements and the liberal order.
Political action, civic resistance, democracy

Manuel Arias Maldonado

Universidad de Málaga

marias@uma.es

Palabras clave: Movimientos Sociales, Acción Colectiva, Globalización, Movimientos Antiglobalización, Democracia, Representación Política.

Keywords: Social Movements, Collective Action, Globalization, Anti-globalization Movements, Democracy, Political Representation.

RESUMEN

Así como la configuración predominantemente estatal de la política tuvo en su centro a la movilización colectiva nacional, la emergencia de los movimientos sociales transnacionales está contribuyendo decisivamente a la redefinición contemporánea de la política posnacional. De hecho, no puede afirmarse simplemente que la mundialización haya producido formas transnacionales de acción colectiva; la propia mundialización es, en parte, la consecuencia de una temprana transformación de la movilización social. Sea como fuere, no parece que la teoría política haya respondido todavía adecuadamente al tránsito de unos movimientos *nacionales*, instalados cómodamente hasta ahora en el familiar marco del Estado-nación, a unos movimientos *transnacionales* que no responden a un contexto institucional tan definido. Este artículo trata de arrojar luz sobre la naturaleza de estos noví-

ABSTRACT

As the old organization of politics based upon the Nation-State gave way to national social movements, the emergence of transnational social movements is decisively fostering the contemporary re-definition of post-national politics. In fact, it cannot simply be stated that globalization has produced transnational forms of collective action; globalization is, in part, the outcome of an early transformation of social mobilisation. Be that as it may, it looks as though social theory has not yet responded properly to the current displacement, from *national* movements, comfortably set up until now in the familiar framework of the Nation-State, to some *transnational* movements that do not respond to such a well-defined institutional context. This paper attempts to shed some light on these new transnational movements, paying special attention

simos movimientos transnacionales, con especial atención al movimiento antiglobalización y una vocación *explicativa* de sus relaciones con el orden político liberal.

to the anti-globalization movement and a desire to explain its relations with the liberal political order.

Manuel Arias Maldonado

Doctor en Derecho por la Universidad de Málaga. Actualmente es Profesor Contratado-Doctor en el Departamento de Ciencia Política, Derecho Internacional Público y Derecho Procesal de esta misma Universidad.

He gained his doctorate in Law at the University of Malaga. He is currently Assistant Professor in the Department of Political Science, International Public Law and Procedural Law at the same University.

Área de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Derecho, Universidad de Málaga. Campus de Teatinos, s/n. 29071 Málaga. Spain.

1. LA GLOBALIZACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Aunque se trata de un fenómeno ambiguo y susceptible de distintas interpretaciones, hay pocas dudas acerca de la existencia de un proceso de mundialización que, desde hace varias décadas, somete a nuestras sociedades a una sostenida y formidable transformación. No obstante la ausencia de los instrumentos conceptuales necesarios para la comprensión definitiva de un fenómeno caracterizado por su complejidad, su desarrollo parece apuntar en una sola dirección: la progresiva constitución de una sociedad-mundo donde la vieja separación entre el interior y el exterior de las sociedades nacionales deja paso a su mutua interdependencia. Mediante la simultánea expansión y contracción del globo, más amplio pero menos recóndito que nunca, tiene ahora lugar la recíproca penetración de lo global y lo local, con la consiguiente integración de procesos económicos, culturales y políticos antes separados. Este proceso está redefiniendo ya los contornos tradicionales de la comunidad política, que no puede seguir manteniendo la ficción de su organización introspectiva. La globalización sitúa a la modernidad, en consecuencia, ante su horizonte cosmopolita.

Y así como la configuración estatal de la política dio lugar a la movilización colectiva nacional, la redefinición contemporánea del *locus* político está procurando la emergencia de formas transnacionales de acción colectiva. Los movimientos sociales no son sino una modalidad de esta última, a saber, colectividades que operan con cierto grado de organización y continuidad fuera de los canales institucionales, con el propósito de desafiar o defender a la autoridad existente, ya sea institucional o culturalmente (cfr. Snow *et al.*, 2004b: 11). Su paulatina globalización supone, de hecho, la confirmación de su relevancia en el *funcionamiento* del orden político y simbólico tardomoderno. A pesar de su vocación rupturista, su protagonismo contemporáneo expresa, contrariamente, la normalidad con que operan en el marco político liberal. La movilización colectiva se ha convertido así en un medio *habitual* de expresión de demandas sustantivas y simbólicas en nuestras sociedades. Los movimientos sociales no son ya irrupciones desestabilizadoras en el orden democrático, sino un elemento más del mismo —vivimos ya, por ello, en una «sociedad-movimiento» (Meyer y Tarrow, 1998)—. Y así, desde el nivel local, a menudo invisible, hasta el transnacional, una multiplicidad de movimientos actúan sobre una infinidad de causas, no pocas veces opuestas —desde el pacifismo a la defensa de los derechos humanos—. La mundialización ha convertido la protesta en un fenómeno global¹.

Sin embargo, no puede afirmarse simplemente que la mundialización haya producido formas transnacionales de acción colectiva; es preciso añadir que la propia mundialización

¹ Naturalmente, los movimientos sociales no sólo actúan en el seno de las democracias liberales; aquellos movimientos que lo hacen en regímenes democráticos se hallan, precisamente, lejos de aquella normalización. Nuestra atención, sin embargo, se centra aquí en la globalización de los movimientos sociales occidentales y en su relación con el sistema político liberal.

es, en parte, la consecuencia de una temprana transformación de la movilización social. Efectivamente, la dimensión transnacional de la acción colectiva dista de ser un fenómeno estrictamente contemporáneo. Ya a mediados del siglo pasado, las organizaciones no gubernamentales internacionales habían alcanzado un alto grado de desarrollo, hasta el punto de incluir dentro de las mismas el embrión de las organizaciones de movimientos sociales transnacionales (cfr. Chatfield, 1999); del mismo modo, la difusión internacional de las protestas colectivas tiene sólidos precedentes en la de algunos movimientos y campañas decimonónicas, como el antiesclavismo y el sufragismo angloamericanos (cfr. Keck y Sikkink, 1998). Desde entonces, tanto las organizaciones como los movimientos han desarrollado una intensa actividad transnacional, que culmina en la actual proliferación de variedades transnacionales de acción colectiva. Los movimientos sociales ya eran, en fin, globales antes de la globalización.

Sin embargo, asistimos actualmente a un proceso de distinta magnitud y naturaleza. Sobre todo, porque la movilización colectiva está hoy directamente vinculada a una más amplia transformación de las relaciones sociales y el orden político. Si los movimientos sociales y la política global parecían situarse en ámbitos distintos, esta separación es eliminada por el proceso de globalización, que, entre otras consecuencias, provoca «la domesticación de lo internacional» (Kaldor, 2003: 78). El orden de los asuntos mundiales es ahora parte del orden nacional; a su vez, lo nacional ya no puede comprenderse ni resolverse sin atender al contexto internacional más amplio del que forma parte. La organización de las relaciones internacionales se ve así fracturada por el debilitamiento de la soberanía nacional: el viejo predominio de la esfera estatal se ve alterado por la irrupción de fuerzas y actores transnacionales que desplazan el *locus* de la política (cfr. Vallespín, 2000). La acción de los movimientos sociales y demás agentes transnacionales ha sido decisiva en el socavamiento de la exclusiva centralidad de que gozaba el Estado en la práctica y la teoría de las relaciones internacionales. Existe ahora un cierto grado de acuerdo acerca de la creciente interrelación de los procesos políticos domésticos e internacionales; la independencia ha dejado paso a la interdependencia. Y los movimientos sociales transnacionales contribuyen a este proceso y se alimentan del mismo, provocando distintos tipos de efectos sobre la acción colectiva.

Ahora bien, la paradoja reside en que los movimientos sociales se hacen globales *a causa* de la globalización, pero en muchos casos también *contra* ella. Lejos de agotar el impacto del proceso de mundialización sobre las formas de movilización colectiva, el surgimiento de movimientos sociales transnacionales viene acompañado por la emergencia de un movimiento *global* de oposición a los distintos aspectos de la mundialización liberal —movimiento que coexiste con las demás manifestaciones de esta orientación *transnacional* de los acción colectiva—. Y así, junto a la transnacionalización de la movilización colectiva,

reflejada en la ampliación del campo de acción de movimientos y grupos particulares, el surgimiento de un nuevo espacio desterritorializado ha hecho posible la constitución de un peculiar movimiento de resistencia, el emergente movimiento antiglobalización, también llamado movimiento altermundista, anticapitalista y de la justicia social global —auténtico fenómeno diferencial de la acción colectiva contemporánea².

Este trabajo posee un doble propósito. De una parte, se trata de poner orden conceptual en el fenómeno de la movilización colectiva global, menos diáfano y más complejo de lo que podría pensarse. Si hace unos años correspondía preguntarse qué era *nuevo* en los nuevos movimientos sociales, ahora es necesario interrogarse acerca de lo que sea *global* en ellos. Y, de otra, una vez establecida la relevancia de estos movimientos transnacionales, de ponerlos en relación con el sistema político en el que operan, esto es, la democracia liberal y sus instituciones. Desde este punto de vista, la reflexión apunta hacia aquella paradoja según la cual los movimientos sociales operan *normalmente* dentro de un sistema contra el que muy habitualmente dirigen una completa recusación, ahora elevada globalmente.

2. LA NUEVA DIMENSIÓN GLOBAL DE LA MOVILIZACIÓN COLECTIVA

La movilización social transnacional es un reflejo del impacto del proceso de mundialización sobre las formas de acción colectiva. Este impacto se refleja simultáneamente en la creciente orientación *transnacional* de los movimientos sociales nacionales y en la emergencia paulatina de un único movimiento verdaderamente *global* de oposición a la globalización existente. No obstante, aunque la descripción de los movimientos sociales como «globales» o «transnacionales» haya devenido frecuente, su adaptación a una escala global ha sido hasta ahora pobremente teorizada (Cohen y Rai, 2000: 8). La dificultad que entraña capturar un objeto dinámico y multiforme aumenta la tensión existente entre la realidad y su concepto: podría decirse que la movilización global funciona en la práctica, pero no en la teoría. Es posible, sin embargo, avanzar ya hacia una articulación conceptual de los movimientos sociales transnacionales, que distinga entre las distintas dimensiones de la acción colectiva global.

² Esto vale también, sin embargo, para movimientos sociales asociados a los aspectos más amenazantes de nuestra época, como los movimientos islamistas radicales o los movimientos nacionalistas (cfr. Lubeck, 2000; Olzak, 2004); en cuanto reacciones a la globalización, su fortalecimiento es también un producto de la misma. Que no constituyan el objeto de este trabajo no debe hacer olvidar su existencia, frente a la frecuencia con que se da por supuesto que la esfera de los movimientos sociales pertenece en exclusiva a los *buenos* movimientos.

2.1. *La teoría de la acción colectiva y el nuevo marco global*

El concepto de movimiento social transnacional no está exento de confusión en la literatura, hasta el punto de que a menudo ésta se ve obligada a tomar el aspecto organizativo del movimiento como único criterio para su clasificación. Esto demuestra hasta qué punto la ausencia de un anclaje territorial definido es un obstáculo para la teorización de aquellas formas de acción colectiva que orientan su acción hacia el nuevo espacio global. Sobre todo, cuando no poseen una estructura organizativa tan definida como la que ha venido reclamando la teoría de la acción colectiva para identificar a un movimiento social.

Más que resultar de la novedad del fenómeno, las dificultades conceptuales que aquejan a la teoría de los movimientos sociales provienen del difuso contorno que adopta el marco territorial e institucional en el que tiene lugar la movilización. A fin de cuentas, el estudio de los movimientos sociales se ha ceñido tradicionalmente al ámbito nacional, indispensable a la hora de comprender la idiosincrasia de la acción colectiva; los movimientos sociales y la política supranacional solían considerarse expresiones de ámbitos ontológicos distintos (Walker, 1994: 670). Por otra parte, la disciplina se ha caracterizado por la coexistencia de múltiples modelos explicativos: distintos aspectos de los movimientos sociales son abordados por distintos enfoques teóricos. No todos los modelos, sin embargo, sirven por igual a una reflexión de esta índole; pese a su complementariedad, algunos están mejor equipados o son más fructíferos en relación a un objeto aún emergente.

Hasta hace poco dominantes, las teorías del contexto político establecen una relación muy estrecha entre los movimientos sociales y el marco institucional en el que se desarrollan. De acuerdo con las mismas, el Estado es el eje principal de los movimientos sociales: en la medida en que éstos operan *frente* al Estado, la respuesta de éste es determinante para la vida del movimiento. El desplazamiento contemporáneo de la sede del poder político, de la esfera nacional a la global, determina entonces un desplazamiento de los *objetivos* de la movilización política (Della Porta y Tarrow, 2004: 1). Será, en consecuencia, la paulatina constitución de una esfera institucional supranacional, con la consiguiente apertura de una nueva arena para la negociación y el conflicto, la que permita el surgimiento de nuevos movimientos sociales, propiamente transnacionales. Los actores colectivos globales serían así el producto del nuevo marco institucional.

De ahí que las teorías de la movilización de recursos y del proceso político propendan a concebir los procesos transnacionales como una *continuación* de formas previas de conflicto entre los detentadores del poder estatal y los movimientos sociales (Tilly, 1984; Passy y Giugni, 2001). Aunque es evidente que la globalización incide sobre las formas de movilización colectiva en todo el mundo, encontraríamos «tremendas continuidades» en el modo

en que los movimientos sociales operan e interactúan ante distintas autoridades, que se explican por su procedencia nacional (Smith, 2004: 320). No existirían así diferencias relevantes entre la movilización colectiva nacional y la transnacional. De esta manera, los actores sociales nacionales son internacionalmente *visibles* a través de las nuevas tecnologías, pero no mutan en sí mismos; su parecido es mayor que su diferencia y los contextos locales de experiencia siguen siendo los decisivos (cfr. Sassen, 2007: 235; Miller, 2004: 234). Esto correspondería a la ausencia de un poder global equiparable al Estado; la permanencia de éste significa que la política nacional sigue siendo el vehículo más efectivo para la resistencia antiglobalización (Halperin y Laxer, 2003: 16). Y a la espera de una sociedad civil global que constituye todavía antes una promesa que una realidad, parece sensato atender sobre todo al modo en que la incipiente dimensión transnacional de la política afecta a la acción colectiva nacional (Tarrow, 2002: 246). La cautela metodológica responde a un escepticismo hacia el verdadero alcance de la globalización³.

Sin embargo, no está claro que esa centralidad del Estado —todavía indudable— sea aquí la cuestión. ¿Existe o no una emergente movilización colectiva global, y cuáles son sus características? Esta es la pregunta a la que debe responder la teoría de los movimientos sociales, que con su fijación estatalista estaría reflejando, en este punto, las dificultades más amplias que encuentra la teoría social para abandonar el «territorialismo metodológico», en favor de una perspectiva de sistema mundial (cfr. Urry, 2003; Chuang, 2004: 13). Muchos teóricos de los movimientos sociales parecen concebir la globalización de la acción colectiva como una suerte de presión exógena sobre los movimientos domésticos, en lugar de atender a la capacidad endógena de la misma para producir nuevas formas de movilización (cfr. Khagram *et al.*, 2002: 18). En este caso, los recursos y las oportunidades globales no son ya concedidos por el Estado, sino que *emergen* del proceso de mundialización, cuya dimensión política, no por casualidad, se ha desarrollado a menor velocidad que las demás —sea económica, tecnológica o cultural—. Las fronteras no desaparecen, pero adquieren un significado distinto (Doherty y Doyle, 2006: 700). Y la inagotable complejidad del nuevo marco global de los movimientos sociales dificulta la simple aplicación de las teorías del contexto político, al menos mientras no se constituya claramente ninguna forma supranacional de gobierno.

Efectivamente, esta perspectiva se antoja inadecuada, o cuando menos insuficiente, para capturar aquello que es verdaderamente novedoso en los movimientos sociales transnacionales; y ello, sin desdoro de su indudable utilidad. A un nuevo ciclo de movilización parece corresponder un nuevo ciclo epistemológico (cfr. Calle, 2007: 136 ss.). Al subrayar,

³ Se trataría, más exactamente, de un «optimismo epistemológico», que subyace a todo el paradigma de la globalidad, y que lleva a destacar lo nuevo en detrimento de lo viejo (Shaw, 2003: 35).

sobre todo, la continuidad entre las formas nacionales y transnacionales de movilización colectiva, se está eludiendo aquello que es, simultáneamente, novedoso y global en los movimientos sociales contemporáneos. Es decir, principalmente: a) su cuestionamiento del orden cultural y simbólico de la globalización; b) la emergencia de un único movimiento global, que a la vez expresa una emergente identidad colectiva global; y c) la existencia de nuevas formas de movilización, caracterizadas por emplear estratégicamente los medios de comunicación globales y las nuevas tecnologías de la información. No está claro que la acción colectiva transnacional sea una mera transposición, a escala, de la acción colectiva nacional.

Hay que reparar en el hecho de que todos estos rasgos subrayan la importancia de aquella dimensión de la acción colectiva que se refiere a la modificación de las definiciones y percepciones sociales dominantes (cfr. Snow *et al.*, 1986; Gamson, 1992; Tarrow, 2004; Snow y Benford, 1992). La construcción de nuevos marcos cognitivos es esencial para la estrategia política de los movimientos transnacionales, empeñados en lograr por ese camino, para algunos ya con éxito, la reestructuración de la política mundial (Keck y Sikkink, 1998: 17; Khagram *et al.*, 2002: 12). Es la ausencia de una esfera institucional global bien definida la que fuerza al movimiento altermundista y a los movimientos sociales que operan supranacionalmente, como el ecologismo, a *crear* esa esfera. Y lo hacen apelando a una opinión pública global y tratando de generar en la ciudadanía una conciencia cívica global. No en vano, la política global va más rápido que su dimensión institucional. Los movimientos globales operan así como agentes de persuasión, que tratan de modificar los marcos dominantes de interpretación social y de generar nuevas normas de comportamiento para los actores transnacionales.

Así, aquellos enfoques inclinados a concebir los movimientos sociales como agentes de creación de significado tendrán, en principio, menos dificultades para reconocer aquellas transformaciones que el proceso de globalización en curso supone para los mismos. La identidad colectiva, los marcos de interpretación y la resistencia cultural al margen de las instituciones son conceptos especialmente útiles a la hora de articular teóricamente la transnacionalización de los movimientos sociales, y en especial la posible constitución de un movimiento social global. No conviene olvidar que la acción colectiva en el seno de un movimiento social constituye una forma de *expresión* de su identidad colectiva, esto es, el medio a través del cual los valores y objetivos que definen la misma se *realizan* (cfr. Melucci, 1988, 1996; Klandermans, 2004). Que los movimientos sociales constituyan identidades colectivas supone, entonces, que el conflicto social gira en torno a versiones contendientes del bien —es decir, a formas de vida distintas que reclaman un reconocimiento más amplio en el plano jurídico y cultural—. Y ya veremos cómo tanto la estructura institucional como los principios rectores de las democracias liberales refuerzan esa articulación del conflicto social.

2.2. Los movimientos sociales transnacionales

Sea como fuere, el atributo de la transnacionalidad se encuentra en la base de las transformaciones experimentadas por la movilización colectiva. No obstante, como veremos enseguida, es conveniente distinguir entre la transnacionalidad y la más difusa globalidad; si no, podemos explicar la emergencia de movimientos sociales transnacionales, pero no la constitución de un movimiento social global. Veamos.

¿Qué traducción tiene este proceso de transnacionalización en el campo de la movilización colectiva? Para Della Porta y Tarrow, las dimensiones principales del mismo son las siguientes: a) la *difusión* de ideas, prácticas y marcos organizativos de unos países a otros, en absoluto nueva, pero potenciada por la accesibilidad y rapidez de las comunicaciones; b) la *domesticación*, o acción colectiva nacional referida a problemas originados en el exterior; y c) la *externalización*, o protesta frente a una organización supranacional con el objetivo de que intervenga en un problema doméstico (cfr. Della Porta y Tarrow, 2004). Puede apreciarse cómo el ámbito específicamente *global* permanece aquí al margen, debido a que la transnacionalidad se manifiesta como un juego recíproco entre los niveles nacional y supranacional. No parece haber otra manera de *identificar* un movimiento social transnacional.

Desde hace más de una década se ha acuñado el término «organización transnacional de movimiento social» (Smith *et al.*, 1994), para hacer referencia a aquellos movimientos que tienen miembros en más de un país y cuentan con algún tipo de estructura internacional, que coordina su actividad transnacional. Es decir, que ante la multitud de aspectos de la movilización colectiva de los que puede predicarse una dimensión transnacional —objetivos, movilización, temas, organización—, un criterio muy extendido consiste en deducir la transnacionalidad de la *estructura*:

«Podemos llamar transnacional a un movimiento cuando está compuesto esencialmente por grupos y organizaciones estrechamente interrelacionados, que pertenecen a más de un país» (Rucht, 1999: 207).

A su vez, la estructura transnacional puede ser de dos clases, según se caracterice por la coordinación *horizontal* entre distintos grupos de diferentes países o por una coordinación *vertical* entre distintos grupos, a través de un cuerpo internacional⁴. Lo decisivo, en todo

⁴ Esta última variedad, a su vez, puede dar lugar a estructuras centralizadas, como en el caso de Greenpeace, o descentralizadas, como sucede con Friends of the Earth. Naturalmente, la estructura está al servicio de la acción del movimiento, que se dirigirá a objetivos nacionales o supranacionales —pero siendo, él mismo, transnacional.

caso, es que se trate de una organización asentada en *más de un país*, con independencia de los objetivos que persiga. Sucede a menudo que los miembros de algunas redes transnacionales pertenecen a movimientos domésticos de distintos países, pero estos movimientos carecen de vínculos organizativos (Khagram *et al.*, 2002: 8). Desde esta óptica, sólo parece posible reconocer como estructuras de movilización transnacional a organizaciones fuertemente estructuradas, en detrimento de otros fenómenos de protesta más débilmente conformados. Estaríamos así incluyendo, junto a las organizaciones de movimiento social transnacional que acabamos de describir, los siguientes fenómenos colectivos:

- a) Las «redes de un solo asunto», o conjunto de organizaciones vinculadas entre sí por valores compartidos y por un denso intercambio de información y servicios, que trabajan internacionalmente en un problema determinado (cfr. Keck y Sikkink, 1998).
- b) Las «comunidades epistémicas», o redes de profesionales dotados de conocimiento experto y competencia en un determinado campo, relevante para la formación de políticas (cfr. Haas, 1992; Antoniades, 2003).

Si el primer supuesto designa coaliciones *ad hoc* de distintos movimientos, organizaciones no gubernamentales y otros colectivos, que tienen como propósito la resolución de un determinado problema, por ejemplo una hambruna en una zona del mundo, el segundo remite a organismos formales o informales de conocimiento experto, capaces de generar informes especializados sobre un determinado asunto, como sucede con cualquier problema medioambiental. En todos estos casos, nos encontramos con formas estructuradas de movilización colectiva —bien por preexistir al asunto en cuestión, bien por ser una nueva conformación de las mismas—. También presentan un claro diseño organizativo las organizaciones no gubernamentales, que representan modos de acción colectiva distintos de la movilización social, cuya transnacionalidad lleva tiempo manifestándose. A menudo presentan conexiones formales o informales con los movimientos sociales y, en todo caso, se han convertido en destacados actores cívicos globales. Desde este punto de vista, en definitiva, la movilización colectiva transnacional aparece definida en función de su enraizamiento territorial y organizativo.

Sin embargo, la proliferación de movimientos menos estructurados de protesta internacional ha planteado la idoneidad del criterio organizativo, como única base para la definición de la transnacionalidad de la movilización colectiva. A decir verdad, las organizaciones de movimientos sociales son parte de esos movimientos, pero no los agotan: los movimientos *incluyen* a las organizaciones, que pueden definirse como grupos formales diseñados explícitamente para promover cambios sociales específicos defendidos por el movimiento (cfr. McCarthy, 1997: 244; Smith, Pagnucco y Chatfield, 1997a: 60). Naturalmente, las organizaciones son más fácilmente *visibles* que los movimientos, fenómeno más difuso y depen-

diente de sus ocasionales manifestaciones públicas. Sucede, empero, que la irreductibilidad del movimiento a su organización desaconseja identificar simplemente a los movimientos sociales transnacionales con sus organizaciones. Y esta cautela es aún más necesaria a escala global.

Surge así la pregunta acerca de qué aspectos de la teoría de los movimientos sociales pueden ser modificados, para ayudar a explicar la emergencia y efectividad de estas otras formas de acción colectiva transnacional (cfr. Khagram *et al.*, 2002: 13). Sobre todo, se trata de expandir el concepto de movilización transnacional, para dar cabida a acciones colectivas no derivadas de organizaciones nacionales coaligadas de manera permanente. Amélie Blom ha propuesto una definición de movimiento social transnacional desligada de su estructura de movilización, con objeto de incluir dentro de la misma

«acciones de protesta llevadas a cabo por individuos, grupos u organizaciones situadas en espacios nacionales distintos, pero que comparten quejas dirigidas contra un mismo blanco (...) con medios que, en general, no tienen carácter institucional ni se limitan al espacio político nacional (...) con una formulación internacional de su protesta» (Blom, 2003: 332).

Su llamada de atención tiene sentido, sobre todo, en relación a las lagunas del enfoque dominante en la teoría de los movimientos sociales. Sin embargo, es evidente que lleva también aparejados algunos inconvenientes. Porque las protestas colectivas, por más que se prolonguen en el tiempo, no siempre constituyen un movimiento transnacional organizado; a veces, tiene más sentido considerarlas formas de acción colectiva propiamente global, manifestaciones de la emergente *globalización de la protesta*. Se incluyen aquí movilizaciones que se desarrollan —literal o simbólicamente— en el nuevo espacio de la globalidad. Es así posible diferenciar entre la movilización colectiva transnacional y la global.

2.3. *La movilización colectiva global*

Existen, como hemos visto, dos dimensiones iniciales en la transnacionalización de los movimientos sociales. Por una parte, la segura transformación de los movimientos nacionales debido al impacto de la globalización, que desemboca en el surgimiento de movimientos sociales transnacionales; por otra, el posible nacimiento de un movimiento propiamente global. Esta distinción tiene como presupuesto conceptual la diferenciación de dos espacios distintos: el transnacional y el global. Si la esfera transnacional depende todavía de los intercambios entre espacios nacionales, el espacio global se caracteriza, precisamente, por la desterritorialización que hace posible el surgimiento de un nuevo ámbito de intercambios y relaciones sociales. Y en él se inscribe una parte importante de la acción colectiva contemporánea.

En otras palabras, la movilización *transnacional* coexiste con una incipiente movilización *global*, que no puede conceptualizarse adecuadamente sobre la única base de la estructura de movilización de la acción colectiva. No sólo porque los cambios en esa estructura son parte de la identidad de este movimiento global, mejor definido como una coalición de movimientos; también porque la movilización colectiva global puede tener lugar al margen de, o con relativa autonomía frente a, el movimiento antiglobalización. Pensemos en la oleada de protestas internacionales que siguió a la condena islamista de Salman Rushdie; o en las protestas contra los ensayos nucleares franceses en el atolón de Mururoa. En ambos supuestos, no existía aún nada parecido al movimiento antiglobalización, pero esas protestas sólo pueden entenderse dentro de un contexto global. La movilización colectiva global, en consecuencia, es algo distinto a la movilización transnacional, pero también puede distinguirse del movimiento antiglobalización —movimiento del que, sin embargo, constituye condición de posibilidad—. Y, en la dirección opuesta, esta distinción nos permite atender al hecho de que, a menudo, no podemos establecer una relación entre la protesta transnacional y la globalización (Tarrow, 2002: 231). Así ocurre, por ejemplo, con el proteccionismo comercial de los trabajadores de cuello azul en sus protestas antiglobalización. Pero se trata de una complejidad sólo aparente; veamos.

Efectivamente, en el marco de la mundialización ha cobrado forma un movimiento flexible, que funciona como amalgama de muchos movimientos particulares y cuya vinculación común es la defensa de un programa general de resistencia a la globalización liberal y la defensa de una alternativa política. La singularidad de este movimiento reside en su fluida diversidad, que dificulta su aprehensión como forma de movilización colectiva desde los parámetros habituales. No es tanto un movimiento como una coalición de movimientos (cfr., *inter alia*, Klein, 2002; Fernández-Buey, 2005: 123; Amoore, 2005; Ibarra, 2005: 280). Más estrictamente, el movimiento altermundista constituiría una *familia* de movimientos, definidos en la literatura como «un conjunto de movimientos coetáneos que, con independencia de sus objetivos específicos, tienen parecidos valores básicos y coincidencias organizativas, uniéndose en ocasiones para campañas comunes» (Della Porta y Rucht, 1995: 232). Su capacidad para aglutinar a un amplio conjunto de grupos y colectivos no tiene precedentes: movimientos clásicos de inspiración socialista y anarquista; nuevos movimientos sociales surgidos en la década de los sesenta; y movimientos de nuevo cuño, nacidos en las últimas décadas, como el movimiento anticorporativo o el movimiento por la abolición de la deuda externa de los países pobres.

Sucede que la integración de un movimiento en la familia de la resistencia global no es incompatible con una actuación independiente. Más al contrario, sus componentes operan autónomamente en su esfera propia de actividad, para hacerlo *en nombre* del movimiento cuando quiera que éste se deja ver. Hasta cierto punto, es tanto un movimiento como una

franquicia global: cualquier acción política colectiva realizada de acuerdo con los objetivos del movimiento puede adscribirse al mismo. Algunos de los movimientos que forman parte de él oscilan así entre la acción transnacional y la acción global, según el sentido de su movilización⁵. Que no pueda concluirse la existencia definitiva de un *único* movimiento global se debe a su mismo modo de funcionamiento. Se trata de una coalición de movimientos que forman parte de una misma red y comparten un programa común, pero retienen su autonomía y operan como parte de ese movimiento más amplio, con ocasión de campañas y reuniones determinadas.

Hay que recordar en este punto, sin embargo, que la coexistencia de movimientos del Norte del planeta y movimientos del Sur bajo el paraguas del movimiento social, o la movilización colectiva, globales, no debe hacernos olvidar su disparidad. Aunque puedan llegar a compartir formalmente objetivos, los movimientos y acciones de protesta de los países en desarrollo y los países pobres —ya presionen a sus autoridades para lograr la democratización de su país, ya protesten ante los organismos internacionales en defensa de la redistribución global de la riqueza— no pueden ser juzgados del mismo modo: es necesario atender a sus especificidades. Y entre ellas está su menor visibilidad y el acceso a menores recursos. Para algunos autores, debería ser posible distinguir entre los movimientos de base nacionales y los movimientos de base transnacionales, que no son otra cosa que movimientos *vicarios*: activistas del Norte hablando en nombre de los del Sur (cfr. Taylor, 2004: 67 ss.). Sucede que esta acción putativa no hace sino reflejar el modo en que la brecha digital puede ampliar la separación entre una sociedad civil global y los movimientos de países en desarrollo (cfr. Clark, 2003: 174). Así, de hecho, el Foro Social Mundial ha ganado fuerza gracias al aumento de la protesta social en Latinoamérica, pero es un foro donde entran en relación, sobre todo, movimientos europeos y norteamericanos.

Ahora bien, no es posible hablar aquí de un movimiento social estructurado, al modo de los movimientos nacionales, e incluso transnacionales. La dimensión organizativa tiene menos importancia que la proximidad ideológica. Y esa dificultad empírica puede convertirse en un obstáculo conceptual, como demuestra la cautelosa denominación escogida recientemente por Della Porta y Tarrow para designar esta forma de movilización: estaríamos ante una «acción colectiva transnacional» que comprende «campañas internacionales coordinadas por parte de redes de activistas contra actores internacionales, otros estados o instituciones internacionales» (Della Porta y Tarrow, 2004: 3). Se evita de este modo otorgar la

⁵ Difuminando las fronteras entre acción cívica y acción política globales, Ibarra ha incluido a las ONGs que operan con fines de solidaridad en el catálogo de los «novísimos movimientos sociales» que forman parte de esta ola transnacional de acción colectiva; lo hace, además, como algo separado del movimiento antiglobalización (cfr. Ibarra, 2005: 263 ss.; 1999). Es discutible, sin embargo, que las ONGs deban considerarse movimientos sociales, siendo acaso preferible incluirlas dentro del Tercer Sector y separándolas, así, de una movilización no gestora, sino política.

categoría de *movimientos sociales* a un fenómeno nuevo, en el que no concurre ninguna de las formas clásicas de estructuración de la movilización colectiva.

Sin embargo, debería ser posible hablar de un movimiento global, como movimiento de movimientos, que se alimenta de formas nuevas de acción colectiva. Estas modalidades de acción colectiva, en consecuencia, deben designarse como *globales* antes que como *transnacionales*, como medio de distinguirlas de los movimientos transnacionales que actúan con un mayor grado de sofisticación organizativa. Su presupuesto es, precisamente, la globalidad —con independencia de que su acción tenga lugar en el plano nacional, transnacional o supranacional⁶.

No hay que olvidar que la transnacionalización de la movilización colectiva plantea un problema inicial, tanto al activista como al estudioso: la ausencia de una arena propiamente global, para la protesta y la negociación. No hay un espacio global; cuando todo es global, nada lo es. A fin de cuentas, más que una categoría *espacial*, lo global es una categoría *causal* (Ford, 2003: 128). Y la protesta, en cambio, sean cuales sean sus objetivos, es forzosamente local; se produce siempre en un lugar concreto. En otras palabras, la movilización colectiva global sólo podrá ser *escenificada* como tal —coordinando acciones simultáneas de protesta en distintos países, concentrándola ante organismos supranacionales o articulándola mediante formas que acierten a *simbolizar* su naturaleza—. No existe ya una relación unívoca entre el espacio de la protesta y la autoridad a la que se dirige. Las relaciones entre lo global y lo local están alteradas: así como lo global penetra en lo local, también sucede lo contrario. En consecuencia, la protesta local puede tener resonancia global; y viceversa. Porque la globalidad

«... se refiere a un tipo particular de espacio social —más exactamente, a un ámbito que trasciende sustancialmente los confines del lugar, la distancia y las fronteras territoriales—. Así como los espacios territoriales se miden en términos de longitud, latitud y altitud, las relaciones globales transpiran en el mundo como en un único lugar, como un ámbito más o menos inconsútil. La globalidad, en este sentido, tiene una cualidad transmundana o transfronteriza» (Scholte, 2000: 286).

Este espacio es esencial para el surgimiento de formas globales de movilización colectiva, distintas de las transnacionales. Mientras los movimientos sociales transnacionales

⁶ Es preciso tener en cuenta que, aunque la globalidad no es un objetivo explícito de muchos movimientos sociales, se está convirtiendo en un atributo de su activismo, en la medida en que los movimientos locales y nacionales se adaptan a las nuevas condiciones globales y responden a convocatorias y campañas internacionales (cfr. Lahusen, 1999). Quiere decirse que el surgimiento de formas globales de protesta no elimina la relevancia de las formas nacionales y aun transnacionales de la misma; más que excluirse mutuamente, todas ellas coexisten.

retienen algún grado de relación directa entre el espacio de la protesta y el espacio de la reivindicación, la acción colectiva global carece por definición de esa concordancia. Esta cualidad de la protesta global es la que permite hablar de un *activismo vicario*, según el cual los ejecutantes de la protesta estarían representando a aquellos miembros del movimiento y simpatizantes que no pueden estar presentes, o se adhieren al sentido del simulacro elegido para simbolizarla (cfr. Della Porta y Kriesi, 1999: 20). La continuidad de la movilización social de orientación global termina produciendo un nuevo marco para la acción colectiva, así como un nuevo público para la recepción de la protesta —la sociedad civil y la opinión pública globales, respectivamente—. No es de extrañar que esos últimos sean conceptos vitalmente ligados al movimiento de resistencia global⁷.

Es posible ahora, por tanto, establecer una clara distinción terminológica entre las distintas formas de movilización colectiva que, con un diseño más o menos definido, se manifiestan en el curso del proceso de mundialización.

1) *Los movimientos sociales transnacionales*. En sentido estricto, esta denominación debería reservarse para aquellos movimientos cuyos objetivos y reivindicaciones remiten a un contexto regional o supranacional caracterizado por las relaciones *entre* países. No es un espacio global. La organización del movimiento es aquí un importante índice de su transnacionalidad, ya que será necesaria alguna clase de coordinación internacional entre movimientos, o secciones de los mismos, radicados en distintos países. De ahí que la protesta del movimiento social transnacional suela remitir a un marco institucional más o menos definido, ya sea nacional o regional.

2) *La movilización colectiva global*. Se hace referencia con este concepto a todas aquellas formas de acción colectiva que, con independencia de su base territorial, actúan en el nuevo espacio desterritorializado de la globalidad. Ni el ámbito territorial ni la estructura organizativa del movimiento constituyen su rasgo definitorio, que corresponde a la globalidad de la movilización. Y la globalidad se caracteriza por establecer una relación simbólica, antes que directa, entre el espacio de la protesta y su objetivo. Es así concebible que un movimiento social *nacional* lleve a cabo, en el territorio de su país, una protesta *global* —por ejemplo, un acto de protesta contra la liberalización comercial internacional—. Sin embargo, no podemos establecer una relación unívoca entre acción colectiva global y movimientos sociales globales; es preferible emplear el término de movilización colectiva global, por

⁷ Aunque existen distintas formas de concebirla, no cabe duda, sin embargo, de que la sociedad civil global se corresponde inmejorablemente con el movimiento antiglobalización, cuando se la define como «una esfera pública oposicional que se enfrenta a la autoridad formalmente constituida en los Estados y las organizaciones internacionales» (Dryzek, 2001: 11; cfr. Vidal Beneyto, 2003).

permitir la inclusión de formas de protesta y campañas colectivas que carecen de la organización y permanencia propias del movimiento.

3) *El movimiento social global*. Finalmente, podemos hablar de un movimiento social global, como algo distinto de los movimientos transnacionales y de la movilización colectiva global. Se está aludiendo con ello a un emergente movimiento, que se nutre de las distintas formas de la acción colectiva de orientación global, organizadas en torno a un programa común de resistencia a la globalización liberal. La característica principal del movimiento antiglobalización es que funciona como una coalición de distintos movimientos, campañas y actos internacionales de protesta. Su estructura es la de una red de redes, que se manifiesta hacia fuera, allá donde se escenifique una protesta contra la globalización existente o en defensa de una globalización alternativa —y ya se trate de acciones específicas o de acciones coordinadas que expresan la peculiar unidad del movimiento en su conjunto.

Depurado el mapa conceptual que resulta de la globalización de los movimientos sociales, aquí descrito sin poder acaso dar una idea suficiente de su complejidad, prestaremos ahora atención a la dimensión *política* de los mismos —esto es, a su incardinación en el sistema político liberal, que es, tanto en el nivel nacional como en el transnacional, aquel en el que operan, mayoritaria aunque no exclusivamente.

3. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL ORDEN LIBERAL GLOBAL

La transformación de la acción colectiva, propiciada ya por la irrupción de los nuevos movimientos sociales y acentuada ahora con el impacto de la globalización, se deja notar de manera muy significativa en la relación que la misma establece con el sistema político. Ya no se trata de la vieja relación de irresoluble oposición entre los movimientos sociales tradicionales y regímenes políticos escasamente democráticos: la generalización de la democracia liberal y los cambios experimentados por ésta en la segunda mitad del siglo pasado dan lugar a un muy distinto funcionamiento de los movimientos sociales en el marco sociopolítico. La integración del activismo en los estilos de vida, la politización de la esfera cotidiana, la ambigüedad de algunas formas de resistencia —todos estos rasgos dan pistas acerca del sentido de una relación caracterizada antes por su normalidad que por su excepcionalidad.

Sin embargo, la movilización colectiva global se ha caracterizado por presentar una clara oposición a las instituciones liberales, así como por defender la necesidad de una radical transformación de la actual organización social. ¿Significa esto el fin de la recién alcanzada

normalidad de los movimientos, o esta vigorosa forma de contestación global puede interpretarse de manera distinta? ¿Supone la extensión global de la acción colectiva contra la globalización una renovación de su vocación intempestiva, ahora que el lenguaje de la resistencia forma parte de la gramática social ordinaria y las invocaciones a la revolución son contempladas con rutinaria indiferencia? Se trata, en definitiva, de preguntarse por el *lugar* de los movimientos sociales en el sistema político.

3.1. ¿Movimiento versus sistema?

La progresiva institucionalización de algunos de los nuevos movimientos sociales que surgieron con rabia contestataria en los sesenta, hasta el punto de marcar el desarrollo de una época que todavía hoy simboliza la ruptura del orden social por la fuerza de la acción colectiva, vino a renovar el viejo problema de la disyuntiva entre reformismo y radicalismo. Si la transformación de los movimientos en partidos políticos expresaba la apuesta por el primero, la negativa a hacerlo manifestaba la fidelidad al segundo. La institucionalización del movimiento se convirtió en sinónimo de su desaparición, o de algo aún peor: su asimilación por el sistema político, su neutralización social.

Sin embargo, sería conveniente contemplar de otro modo esta alternativa. Y ello por presentarse, más bien, como intrínsecamente insoluble, una suerte de aporía que atañe a la ambivalencia constitutiva de los movimientos sociales contemporáneos:

«La coexistencia de la crítica radical del orden existente, de un lado, con la integración *de facto* en la sociedad existente y en la arena política, de otro, es un rasgo genuino de los nuevos movimientos» (Kuechler y Dalton, 1990: 281).

Este rasgo, sin embargo, plantea inmediatamente la cuestión de si la oposición radical al sistema viene acompañada de una alternativa coherente y suficientemente comprensiva. Es decir, si la crítica que los movimientos *practican* es capaz de ir más allá de la constitución de comunidades o estilos de vida alternativos sostenibles sólo *dentro* del orden existente. Para Claus Offe, es en la naturaleza de la crítica realizada donde se encuentran las razones que explican la ausencia de un gran diseño alternativo, de un programa utópico al modo de la tradición socialista:

«En lugar de grandiosas construcciones ideológicas, encontramos un conjunto deslavazado de problemas y la incoherente expresión de quejas, frustraciones y demandas que no resultan —ni ideológica ni organizativamente— en una fuerza o visión unificada» (Offe, 1990: 234).

Naturalmente, esta aparente incoherencia epistemológica no carece de ventajas políticas. Ya que la crítica puede así desarrollar toda su negatividad, sin que la preocupación por las alternativas llegue a paralizarla: la destrucción del orden convencional es —demostrada su injusticia o falta de autenticidad— en sí misma legítima. En estas condiciones, la institucionalización del movimiento, cooptado por el sistema, es percibida como una rendición ante el orden que no se deja modificar, aunque en realidad lo haya sido ya. El mito de la pureza revolucionaria, que toma forma en el tránsito de los siglos xix al xx y se consolida en la época de las vanguardias, impide todo compromiso formal con el sistema: la transacción expone al revolucionario a la tentación reformista, alternativa ineficaz por definición dada la naturaleza *estructural* de los problemas sociales. Tenor que será recogido por la contracultura y heredado por los nuevos movimientos sociales.

Pues bien, estos rasgos se manifiestan también en el movimiento antiglobalización, pese a su vocación integradora de movimientos viejos y nuevos en una misma coalición global. La inclinación utópica no se ve concretada en una visión realista de las alternativas sociopolíticas: la radicalidad crítica se resuelve a veces en un ingenuo sentimentalismo, a veces en una proclamación voluntarista. Esta aparente cautela es una bienvenida reacción a los estragos causados por la ingeniería social del totalitarismo utópico: «Ya no es posible hablar de un único modelo rígido y portador de todas las soluciones» (Houtart, 2001: 68). Para sus defensores, lo que no hay en el movimiento es una filosofía revolucionaria general: se sabe lo que *no* se quiere, pero no exactamente lo que se quiere —rasgo, se sostiene, consustancial a todos los movimientos sociales (Klein, 2001; Fernández-Buey, 2005: 31)—. El radicalismo político resultante, sustanciado en la oposición al sistema existente, se expresa entonces de manera fragmentaria.

Ahora bien, en los últimos años se ha consolidado un descontento general con las instituciones liberales y la clase política, que se expresa mediante una pura negatividad, como un rechazo incondicional que trasciende el marco de la movilización colectiva. Esta transformación, aún sin confirmar, ha sido contemplada como el anuncio de «una nueva cultura política» (cfr. Grau e Ibarra, 2004), que opone la sede real de la soberanía popular a su perversión representativa. Y es un giro coherente con las premisas de la movilización colectiva.

3.2. *Movimiento antiglobalización y democracia representativa*

Hasta cierto punto, es razonable esperar que el movimiento de resistencia global rechace los canales liberales de representación y participación democrática, en beneficio de formas directas de acción política y de un proyecto normativo de democracia radical: la crítica al

orden global incluye la crítica a sus instituciones. En sus manifestaciones más populares, esta crítica se manifiesta en una cultura de la negación que conduce al rechazo total de la clase política —rechazo que, por ejemplo, llevara al movimiento social argentino a exigir «que se vayan todos»—. Y, en su expresión teórica, se vincula a la interpretación radical de la sociedad civil global y a la constitución de un orden democrático *en oposición* al Estado (cfr. Wagner, 2000; Drainville, 2004). Se trata de la vieja demanda de los movimientos sociales revolucionarios: sobrepasar a las instituciones formales de la democracia liberal, para dar forma a un orden auténticamente democrático y socialmente justo. Esta transformación pasa por el tránsito de la sociedad global a la comunidad democrática cosmopolita.

Más allá de la insuficiente representatividad de las organizaciones internacionales, el altermundismo exhibe un profundo recelo hacia el conjunto de las instituciones liberales. Y esto es visible tanto en la corriente libertaria del movimiento como en su corriente pragmática: ambas descreen profundamente de la política realmente existente (cfr. Moreno del Río, 2006: 472). La razón es bien sencilla y remite a la sospecha marxista acerca del carácter meramente formal de la democracia burguesa, epifenómeno de las relaciones económicas, cuya perpetuación viene a procurar mediante el trampantojo de su encubrimiento ideológico. Desde este punto de vista, la lógica del sistema es la lógica del ilusionismo: se trata de ocultar la realidad bajo la ficción de una humanidad que progresa globalmente. La exposición de los efectos indeseados de la globalización vendría a confirmar la plausibilidad de ese tenor crítico. Y, por extensión, la de la demanda de una democracia verdaderamente participativa, que permita la definición *colectiva* de las condiciones globales.

En estas condiciones, la representación clásica, clave de bóveda del sistema liberal-representativo, se considera insuficiente para la articulación política de la globalización; entre otras cosas, porque se demuestra, ya con anterioridad, incapaz de canalizar las protestas contra la misma. Si queremos reinventar la democracia a escala global, debemos dejar al margen las nociones clásicas de representación y rendición de cuentas (Rosenau, 2006: 99). Y el corolario es previsible: «En la era de la globalización, se hace cada vez más evidente que el momento histórico del liberalismo ha pasado» (Hardt y Negri, 2004: 314). La rotundidad de la aseveración es un eco de aquellas que recorrieron el siglo pasado, con motivo del enfrentamiento entre el liberalismo político y los utopismos de distinto signo; también desde esa óptica, la resistencia global puede contemplarse como un movimiento antiliberal, producido por las condiciones sociales del liberalismo tardomoderno.

Así, proclamada la insuficiencia de la representación liberal en las nuevas condiciones de la política global, se hace preciso realizar una atribución representativa distinta, que complemente o reemplace los canales institucionales dispuestos por aquélla. Y hacerlo mientras no se constituya otra forma de gobierno mundial, la democracia cosmopolita de la que

estas formas alternativas de representación serían *adelanto*. Los movimientos sociales se convierten así en titulares de una representatividad selectiva en el contexto de la democracia radical global (cfr. O'Byrne, 2003: 141). Esta asignación está directamente conectada con el diseño normativo de una sociedad civil exclusivamente conformada por movimientos y organizaciones cívicos, opuesta a un Estado y unas fuerzas del mercado —impulsores de la «globalización desde arriba»— que es necesario contrarrestar mediante la acción colectiva y la progresiva constitución de una legitimidad paralela.

Sucede que, en estas condiciones, la minoría cosmopolita vendría a prevalecer sobre la mayoría democrática, tanto más cuanto que ésta permanecería anclada en una estrecha visión *nacional* de la comunidad política, superada por aquélla. Esto significa una ruptura con la presunción de que las poblaciones nacionales tienen el derecho soberano a retirar su consentimiento si las demandas cosmopolitas chocan con su concepción del interés nacional (Linklater, 1998: 192). Emerge así un reducido *demos* cosmopolita que prevalece sobre los ciudadanos nacionales: «En este marco, una pequeña minoría puede ser más “democrática” que una gran mayoría, si tienen una perspectiva adecuada a las aspiraciones cosmopolitas» (Chandler, 2003: 190). Es así como cobra forma un narcisismo político que no duda en sacrificar el juicio ciudadano, que opera en la niebla del territorialismo, en favor de un juicio cosmopolita que se ha desplazado hacia la globalidad. Se sostiene así, por ejemplo, que la comunidad internacional no tiene por qué consultar a los representantes electos nacionalmente, sino identificar a los defensores locales del cosmopolitismo, que representan «islas de civilidad» (Kaldor, 1999: 120). La desconfianza en las instituciones liberales se combina con la vieja atribución a determinados grupos y colectivos de la condición de vanguardia directora del proceso político.

Sin embargo, la crítica de la representación liberal se lleva todavía un poco más lejos, aunque por el mismo camino: la legitimación de la movilización colectiva a partir del socavamiento de la soberanía nacional y de sus instituciones políticas estatales. Se trata de oponer a las fuerzas de la globalización desde arriba algo más que una minoría cosmopolita, esto es, una efectiva globalización desde abajo. A esos efectos, el procedimiento es sencillo: si se niega a las instituciones nacionales toda representatividad, sólo los movimientos sociales que se resisten a la mundialización pueden representar de manera *auténtica* a la mayoría de los ciudadanos del mundo. La desterritorialización aparece así como la oportunidad para sortear el proceso político liberal; la crítica de la soberanía nacional es crítica de la democracia liberal. Quienes han formulado esta posición con más claridad y repercusión son Michael Hardt y Antonio Negri (2002, 2004). A su juicio:

«Toda la cadena lógica de la representación podría resumirse del modo siguiente: el pueblo representa a la multitud, la nación representa al pueblo y el Estado

representa a la nación. Cada eslabón es un intento de mantener en suspenso la crisis de la modernidad. En cada caso, la representación significa un paso más de abstracción y control» (Hardt y Negri, 2002: 131).

La representación no es ya el mecanismo que hace posible una política democrática en sociedades complejas, como defendieron los teóricos fundadores del liberalismo democrático, sino un instrumento de alienación de los sujetos que mantiene alejado el horizonte de la verdadera democracia —identificada con la democracia participativa—. El sujeto político que permanece así alejado de todo verdadero poder es la *multitud*, antagonista de las fuerzas soberanas de la mundialización. Esta multitud es definida de un modo intrincadamente escolástico, como aquello que se opone al viejo concepto de pueblo: allí donde el pueblo sintetiza o reduce las diferencias sociales a unidad, la multitud designa a todos los sujetos en su multiplicidad y pluralidad, sin por ello ser algo fragmentario o incoherente. La multitud trata así de designar al entero cuerpo social contemporáneo, al modo de una comunidad rousseauiana que hace realidad el sueño posmoderno de la celebración de la singularidad.

Habida cuenta de la incapacidad de las instituciones liberales para representar adecuadamente a esta multitud, la alternativa a la misma es, otra vez, la acción cívica global —al menos, hasta que no se consume la «destrucción de la soberanía en favor de la democracia» (Hardt y Negri, 2004: 401)—. La sociedad civil global y sus distintos miembros, desde movimientos sociales a ONGs, se erigen en una más legítima representación del pueblo que los organismos gubernamentales. Si las instituciones han dado la espalda al pueblo, el pueblo da la espalda a las instituciones. El célebre discurso del subcomandante Marcos, líder del zapatismo mexicano, ilustra inmejorablemente esta perspectiva, no exenta de apelaciones sentimentales:

«Marcos es *gay* en San Francisco, negro en Sudáfrica, asiático en Europa, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indio maya en las calles de San Cristóbal, judío en Alemania, gitano en Polonia, mohawk en Quebec, pacifista en Bosnia, una mujer sola en el metro a las diez de la noche, un campesino sin tierra, un miembro de una banda de los suburbios, un trabajador sin empleo, un estudiante infeliz y, por supuesto, un zapatista en las montañas» (citado en Klein, 2001: 530).

La representación de la multitud corresponde así a la minoría cosmopolita, en forma de movimientos sociales y organizaciones internacionales, que operan al margen y en contra de las instituciones estatales nacionales. Y la sociedad civil global resultante constituye igualmente el mecanismo de preservación de las identidades particulares, que se sienten

amenazadas por la homogeneización que acompaña a la extensión del modelo occidental de desarrollo. Demostración de la lógica antisistema, los teóricos de la resistencia global parecen preferir —al menos, provisionalmente— una representatividad sin mandato ni rendición de cuentas a la forma clásica de representación liberal, parte esencial del sistema que se trata de combatir.

Sin embargo, es patente que el concepto de *multitud* sigue siendo demasiado vago para una coherente articulación teórica —no digamos ya práctica—. Y esto vale para sus variantes. Ningún propósito de construcción de la política global puede tener como punto de partida la *imposibilidad* última de la representación. Para empezar, porque no es posible concebir una democracia directa en el nivel global: la política cosmopolita será representativa o no será. En este sentido, la índole de unas propuestas políticas que combinan la desconfianza hacia las instituciones liberales con la defensa de una paradójica, por selectiva, democratización cosmopolita tiene, asimismo, sus raíces en la moralización de la protesta que caracteriza a los movimientos sociales contemporáneos —fenómeno que culmina el movimiento de resistencia global—. Existe una relación negativa entre una crítica radical basada en un fundamento ético y las posibilidades de construir una alternativa política viable desde el punto de vista colectivo:

«El rasgo de la teoría social cosmopolita y liberal que genera dificultades es acaso su reducción de la teoría política a teoría moral —la insistencia en que una visión *legítima* de la política es una visión *moralizada* de la misma—. En consecuencia, lo político se convierte en una búsqueda de legitimidad en la que todos los acuerdos sociales se consideran necesitados de justificación» (Brown, 2002: 184).

La paradoja es así que la moralización produce despolitización. Y a ello no es ajeno el hecho de que semejantes presupuestos privilegian los *finés* éticos del cosmopolitismo sobre los *medios* políticos necesarios para asegurarlos (Chandler, 2003: 184). Se desdeñan así los instrumentos democráticos nacionales, prefiriéndose una esfera pública transnacional carente de mecanismos políticos formales; la política representativa es reemplazada por una defensa de los valores morales y cívicos globales articulada a través de la movilización colectiva⁸.

⁸ En este punto, la crítica altermundista se aproxima al entusiasmo de los defensores de la globalización, por cuanto ambos exhiben un incurable optimismo acerca de la disolución de las identidades políticas nacionales y su sustitución por una identidad cosmopolita. Basta contemplar la política europea para comprobar la resistencia de las identidades nacionales y aun regionales, por más que el proceso político se haya diversificado supranacionalmente. A decir verdad, la conclusión provisional es palmaria: «El énfasis de los globalistas en la transformación de las identidades políticas es exagerado» (Held y McGrew, 2003: 121).

En este sostenido rechazo del proceso político representativo podría verse un nuevo episodio de la constante reacción antiliberal que ha jalonado la historia política occidental. Sin embargo, esto no es tan sencillo. La mundialización es otro nombre para un proceso de transformación de largo alcance, que inevitablemente provoca un generalizado desconcierto colectivo. Y los movimientos sociales transnacionales, con el singular movimiento anti-globalización a la cabeza, contribuyen al debate sobre la articulación política de la sociedad global. Su radicalismo teórico no parece la mejor solución; sin embargo, su acción contribuye a la constitución de nuevas formas de gobernanza y práctica institucional. Es, en consecuencia, *dentro y no fuera* del orden liberal donde hay que comprender el sentido de su aportación —acaso a su pesar.

3.3. *Activismo, identidad, estilo de vida*

Ahora bien, la normalidad con que los movimientos sociales operan en la misma sociedad liberal con la que mantienen una relación de antagonismo formal nos revela la medida en que han pasado a formar parte de ella. Hoy puede afirmarse que los movimientos se han convertido en una parte importante del orden (Eder, 1998: 338). Sin embargo, su atractivo parece derivarse todavía, precisamente, de lo contrario: de su desafío al orden establecido. En esos términos, por ejemplo, se refería el poeta Octavio Paz al levantamiento de Mayo del 68, donde veía «otra posibilidad de Occidente» y «la reaparición de la pasión como una realidad magnética» (Paz, 1983: 303). ¿Cómo puede explicarse esta aparente contradicción, más llamativa si cabe cuando existen canales institucionales para la presentación de demandas políticas en el marco representativo y la propia opinión pública posee nuevos resortes expresivos a través de las nuevas tecnologías de la información? Dicho de otra manera, ¿responde este fenómeno solamente a los supuestos déficits participativos de la democracia representativa?

Tradicionalmente, la dimensión emocional del activismo ha sido preterida en el estudio de la movilización colectiva. Mientras la comprensión estructural de los movimientos sociales ha mantenido su vigencia, las emociones han sido consideradas un epifenómeno de escasa capacidad explicativa. La voluntad de dar cuenta racionalmente de la movilización colectiva, tras su previa adscripción a los comportamientos de masas, encontraba en el papel de los sentimientos un obstáculo para la articulación teórica. Sólo recientemente, el giro cultural en el estudio de la acción colectiva ha propiciado una mayor atención a las mismas (cfr. Goodwin *et al.*, 2004). Desde luego, es posible proponer una tipología de las emociones que pueden incidir en los miembros de un movimiento social; sin embargo, lo que interesa destacar aquí es el más general papel que las emociones y los sentimientos juegan en el activismo individual, a fin de esclarecer el tipo de vinculación predominante entre los activistas globales y su movimiento.

En ese sentido, caben pocas dudas acerca de los profundos efectos biográficos que produce la militancia colectiva, como no se discute ya el papel que ocupa la emoción en las creencias y en la adscripción individual al movimiento social (cfr. Whittier, 2004; McAdam, 1998). En el caso de los nuevos movimientos sociales, que ejercen su poderosa influencia sobre el activismo global, la búsqueda individual de una identidad colectiva constituye uno de los principales factores explicativos de la militancia (Hunt y Bendford, 2004: 436). En palabras de Antonio Melucci:

«La identidad colectiva, la construcción de un “nosotros”, es también una necesidad para el equilibrio emocional de los actores implicados en conflictos» (Melucci, 1996: 83).

Puede hablarse así de la identidad colectiva como «lealtad afectiva» (Goodwin *et al.*, 2004). Naturalmente, no pueden igualarse pertenencias tan dispares como la del movimiento vecinal y la del movimiento antiglobalización; tanto el tipo de vínculo desarrollado como la identidad colectiva a la que se accede difieren notablemente. En el caso de los movimientos radicales, como la resistencia global, la gramática antisistema reviste un poderoso atractivo para los militantes potenciales —atractivo multiplicado en la era del individualismo expresivo, donde el estilo de vida es parte constitutiva de la identidad personal—. Y precisamente la construcción de la identidad individual a partir de una identidad colectiva, fundada sobre el rechazo moral de la realidad circundante, proporciona innumerables recursos para la diferenciación del sujeto, que ve así facilitada su definición introspectiva. La práctica de la libertad se convierte así en una práctica del yo (Baker, 2003).

Sin embargo, la resistencia y la rebelión contra el orden establecido son figuras universales de exaltación, formas épicas que operan tanto en el nivel individual como en el nivel colectivo. Su papel en la constitución de la identidad personal explica su atractivo sentimental. Hay que tener en cuenta que la transformación permanente que promete la vía revolucionaria alimenta nuestro anhelo nostálgico, es decir, el permanente deseo humano de ser otra cosa —a condición de que esa otra cosa no llegue nunca, o sea sustituida por otra—. En este sentido es como hay que comprender, por ejemplo, una descripción de la oleada de movilizaciones colectivas del 68 que se refiera a aquél como «un tiempo de una inocencia casi pintoresca», cuya excepcionalidad radica en que «la gente estaba rebelándose por cuestiones bien dispares, y que tenía en común tan solo el deseo de rebelarse» (Kurlansky, 2004: 17, 19). Pues bien, este «deseo de rebelarse» parece situar el activismo colectivo de la burguesía occidental en otra esfera: la de la satisfacción de necesidades individuales. Estaríamos ante la libre expresión de una identidad forjada colectivamente, que encuentra en el desafío al orden de la comunidad un motivo de embriaguez narcisista. La resistencia convertida en estilo de vida.

Pues bien, las nuevas condiciones sociales y tecnológicas han permitido el surgimiento de formas de activismo que confirman esta tendencia individualista. La resistencia a la globalización es esencialmente multiforme y diversa, manifestándose mediante formas de protesta públicas y privadas, que penetran el tejido de la vida cotidiana e impregnan el consumo e intercambio de productos culturales. Los procesos de globalización han dado un giro posmoderno a la movilización colectiva: los movimientos son ahora más diversos, más fragmentarios, más ambiguos (cfr. Ignatow, 2007; Hamel y Maheu, 2004). Se difumina la distinción entre la esfera pública y la privada, de manera que la militancia impregna la totalidad de la existencia individual —indistinción decisiva «para la promesa liberadora del activismo pospolítico» (Chandler, 2003: 167)—. Militancia colectiva y realización individual van de la mano, transformando con ello la naturaleza de aquélla:

«Parece que la motivación de los activistas cívicos globales (...) tiene menos que ver con la política de los conflictos que con su propia necesidad personal de realizar una afirmación moral» (Chandler, 2003: 168).

Esto significa que los procesos de modernización que afectan a la sociedad global han alcanzado también, como no podía ser menos, a sus modalidades de acción colectiva. La individualización ha convertido al activismo occidental en parte de una política personal de elecciones, cuyo resultado da forma a las biografías fracturadas y complejas propias de nuestro tiempo: la finalidad emancipatoria de la movilización colectiva empieza en la militancia. Y, dentro del repertorio de los estilos de vida, el activismo ocupa una posición seductora. Su transformación, procurada por los nuevos movimientos sociales y prolongada ahora en la resistencia global, contribuye a explicar ese atractivo: el activismo es hoy fragmentario, discontinuo y hedonista. Es decir, que la movilización colectiva tardomoderna se ha hecho isomórfica con la sociedad en la que opera⁹.

Sin embargo, no sólo los movimientos han cambiado de forma a causa de las transformaciones sociales de las últimas décadas. Tal como corresponde a una relación simbiótica, los movimientos han ejercido su propia influencia sobre la sociedad. Y ésta se ha aproximado a los movimientos sociales, como demuestra la asimilación del léxico revolucionario propio de los movimientos contraculturales de los sesenta:

⁹ La evolución de la pertenencia individual a los movimientos sociales refleja la progresiva transformación del modo de integración del sujeto en la comunidad. Y si los movimientos sociales modernos retenían un sentido comunitario, los surgidos en la posmodernidad serían ya plenamente sociales: si en la premodernidad el sujeto se adhiere a un cuerpo de tradiciones y en la modernidad el individuo decide si quiere formar parte de un movimiento, en la posmodernidad proliferan las comunidades de baja densidad, coyunturales y superpuestas, subordinadas siempre a la centralidad de la esfera privada (Ibarra, 1999: 238).

«Las fantasías comerciales de rebelión, liberación y abierta “revolución” contra las paralizantes demandas de la sociedad de masas son hoy comunes, casi hasta el punto de la invisibilidad, en la publicidad, las películas y la televisión. (...) Esta versión del mito contracultural es tan penetrante que aparece incluso allí donde se lo rechaza» (Frank, 1997: 4, 5).

De hecho, la difusa línea trazada entre la crítica y el reforzamiento del orden social se manifiesta inmejorablemente en la rápida asimilación mercantil de la cruzada antiglobal. Toda una estética se ha desarrollado al hilo de la emergencia del activismo altermundista, como ya ocurriese con la irrupción de la contracultura. Y ahora, como entonces, la extensión del léxico revolucionario no supone una amenaza para el orden establecido, sino en todo caso una nueva oportunidad para su renovación. De hecho:

«Nunca hubo un enfrentamiento entre la contracultura de la década de 1960 y la ideología del sistema capitalista. Aunque no hay duda de que en Estados Unidos se produjo un conflicto *cultural* entre los miembros de la cultura y los partidarios de la tradición protestante, nunca se produjo una colisión entre los *valores* de la contracultura y los requisitos funcionales del sistema económico capitalista» (Heath y Potter, 2005: 13).

La contradicción conceptual así resultante ha sido expresada mediante fórmulas como el *consumo hip*, del que habla el propio Frank, o el *radicalismo chic*, descrito por Tom Wolfe (cfr. Frank, 1997; Wolfe, 1973). No en vano, la búsqueda de mecanismos de *distinción* individual y colectiva conduce de manera natural a la separación respecto de la mayoría, definida por la pasiva aceptación de las convenciones y por una organización social programada, se sostiene, para anular la verdadera libertad de los individuos. La influencia del concepto situacionista de *sociedad del espectáculo* adopta aquí una forma paradójica, porque parece rechazárselo con los mismos instrumentos que denuncia (cfr. Debord, 1999). Sucede que en esta búsqueda de estilos de vida y alternativas capaces de diferenciar a quien las encarna no sólo se confirma el alto grado de libertad individual alcanzado en las sociedades liberales, sino el paradójico atractivo de su crítica. Es en esta zona de indefinición donde opera el militante contemporáneo.

3.4. *Movilización de la resistencia y orden liberal*

Esta misma tesis, sin embargo, puede llevarse a un nivel más profundo y provechoso si se pone a los movimientos sociales en relación con la estructura institucional del liberalismo. Hay que empezar por señalar cómo en toda comunidad política existe una tensión irresolu-

ble: su necesidad de orden se ve alterada por la inclinación del individuo a violentarlo, ya se conciba esta inclinación antropológicamente o como una consecuencia del conflicto político. Esta inclinación habría sido tradicionalmente autorizada a sujetos particulares, como el artista, pero más tarde ha sido objeto de una extensión progresiva, a medida que se producía la paralela pacificación del conflicto y la extensión de los procedimientos democráticos. La definitiva democratización de la protesta tiene lugar en un orden liberal que proclama la ausencia de verdades públicas: conforme al principio de neutralidad, los poderes públicos no pueden determinar la clase de vida que deben llevar los ciudadanos. Sin embargo, el orden liberal es víctima de su fundamento. Porque al proclamar formalmente —mediante el principio de neutralidad— la ausencia de certezas públicas y crear el marco para la libre persecución de las concepciones del bien, crea un ámbito de discusión pública donde incluso su negación radical tiene cabida, siempre y cuando esa negación se mantenga en el ámbito de las propuestas normativas.

Naturalmente, este equilibrio entre orden y resistencia es menos precario de lo que aparenta, debido a su carácter *retórico* antes que sustantivo. No olvidemos que la transgresión necesita de la norma para constituirse como desviación. La revolución permanente representa una circularidad expresiva, antes que un horizonte de acción. Su cualidad es, en consecuencia, antes estética que política: o, si se quiere, política a fuer de estética. Peter Sloterdijk ha explicado esta cualidad de las luchas culturales a partir de la búsqueda de distinciones sociales en un contexto marcado por la vigencia de un principio de igualdad que proscribía toda diferenciación sustantiva —algo así como el simulacro posmoderno de la jerarquización premoderna (Sloterdijk, 2002)—. Desde el punto de vista de los principios de la sociedad liberal, la necesidad de preservar el principio general de neutralidad parecería desactivar el debate entre las distintas concepciones del bien, cuyas demandas adoptan una forma necesariamente retórica. De manera que un orden liberal es aquel «en el que cualquier concepción puede plantear sus demandas, pero no puede hacer nada más dentro del marco del orden público, ya que ninguna teoría general del bien humano se considera justificada» (MacIntyre, 1988: 343). Las transformaciones sociales serán así el producto del lento trabajo que la sociedad hace sobre sí misma, mediante la ejecución gradual de las conclusiones *provisionales* del debate público, entre diferentes concepciones del bien: aunque ninguna es aceptada en su totalidad, sí lo son aspectos parciales de casi todas ellas¹⁰. ¿Qué papel juegan aquí los movimientos sociales?

¹⁰ Dice Richard Rorty, cuando habla del posible fin de la diferencia entre el reformista y el revolucionario: «Pero uno sólo puede definir la sociedad liberal ideal como aquella que termina con esa diferencia. Una sociedad liberal es aquella cuyos ideales pueden ser alcanzados mediante la persuasión, antes que la fuerza, mediante la reforma antes que la revolución, mediante los encuentros libres y abiertos de las actuales prácticas lingüísticas y de otro tipo con la propuesta de nuevas prácticas. Pero esto es decir que una sociedad liberal ideal es aquella que no tiene otro propósito que la libertad, y ningún otro objetivo que encontrar el modo en que esos encuentros pueden producirse y su resultado producir efectos» (Rorty, 1989: 60).

La movilización colectiva es una dimensión importante de ese debate, por cuanto los movimientos sociales, al desafiar los marcos de interpretación dominantes, están proponiendo concepciones alternativas del bien. De esta forma, materializan la *conversación pública* acerca de lo deseable que el orden liberal prefiere mantener en la esfera privada, pero que inevitablemente emerge fuera de ella cuando la separación de los ámbitos público y privado pierde relevancia práctica. Podríamos decir que el orden político tolera un desorden simbólico, que supone la reflexión que la sociedad efectúa sobre sí misma. Los movimientos sociales tardomodernos, reflejo de la configuración predominantemente burguesa de la sociedad occidental, hablan este mismo lenguaje:

«Hoy día, las clases medias están obsesionadas con el aprendizaje personal, la autonomía, la competición. Este es el fundamento cultural sobre el que se construyen los nuevos movimientos sociales y del que extraen sus recursos motivacionales e ideacionales. La cultura de la vida buena es más que una idea filosófica: es la expresión de una forma de vida específica de una clase» (Eder, 1993: 181).

A su vez, el conflicto político en torno a la vida buena se resuelve mediante la búsqueda del *consenso*, perseguido mediante prácticas comunicativas y actos simbólicos. Tal es el verdadero sentido de la institucionalización de los movimientos sociales, la razón por la cual nuestra sociedad se ha convertido en una sociedad de movimientos. De nuevo, Klaus Eder acierta a expresarlo:

«La idea común de que los movimientos sociales están experimentando un proceso de institucionalización (que generalmente significa integración dentro de instituciones políticas y sociales existentes) hace referencia a un proceso que va más allá de los movimientos sociales. El institucionalizar los movimientos sociales ha conducido a efectos que están cambiando el propio sistema institucional» (Eder, 1998: 354)¹¹.

El conflicto político que plantean los movimientos sociales en el marco democrático ya no es, en modo alguno, ajeno o externo al orden social, sino inherente al mismo. Esto se corresponde con una inédita situación histórica en la que, al decir de Alain Touraine, la sociedad es resultado de un complejo conjunto de acciones que ejecuta sobre sí misma —pero no como el producto de ningún principio metasocial, sino como resultado de los sistemas de acción de distintos actores que, aunque con distintos intereses, comparten ciertas orientaciones culturales (Touraine, 1981, 1988)—. Y la estructura institucional del liberalismo democrático se ajusta, precisamente, a ese proceso.

¹¹ Pensemos en cómo la crítica del activismo global al déficit democrático de las organizaciones internacionales ha conducido a la integración de aquéllos en los procedimientos de evaluación y decisión de éstos, ahora sus interlocutores legítimos.

En estas condiciones, la radicalidad de los agentes políticos colectivos debe ser entendida en el marco general de una negociación orientada a la reforma. Es, de algún modo, el lenguaje heredado de los movimientos sociales: su introducción dentro del debate fomentado por el liberalismo se transforma en virtud política reformista, pese a la convicción que puedan tener sus actores de presentar una verdadera alternativa totalizadora. Dada la dificultad de que sus propuestas sean aceptadas íntegramente, la movilización colectiva busca el máximo impacto simbólico y la mayor incidencia posible sobre las definiciones sociales dominantes, a fin de modificarlas suficientemente. La emergente acción colectiva global trata de lograr este objetivo en el nuevo marco transnacional, que simultáneamente contribuye a conformar. Y lo hace mediante el intento por modificar los marcos globales de interpretación social, actuando a tal fin en la esfera nacional y la global (cfr. Olesen, 2005). La sociedad civil global, como marco teórico emergente, traduce inmejorablemente este propósito.

Ahora bien, esta paulatina transformación es producto de la combinación de acción colectiva y democracia liberal, forzados ambos a una recíproca transformación que no sería posible de faltar alguno de ellos —algo que tiende a olvidarse cuando se magnifica la *oposición* de los movimientos al sistema y se ignoran las claves secretas de la misma y las condiciones que la sustentan—. En suma, aunque pueda parecer lo contrario, la globalización de los movimientos sociales ha reforzado, antes que debilitado, el proceso de paulatina integración de los mismos en el sistema político liberal. Esto se corresponde con la comprobada capacidad de los movimientos para desafiar y redefinir *simultáneamente* a las instituciones, contribuyendo así a estabilizar el orden *a pesar* de su cualidad disruptiva (cfr. Kuechler y Dalton, 1990; Maheu, 1996). Así está sucediendo, también, con la globalización de la acción colectiva.

Nuestra sociedad es, cada vez más, una sociedad de movimientos, entendidos como *otra* forma de acción política y de presentación de demandas sustantivas y simbólicas, cuya importancia es coherente con una sociedad globalizada donde la identidad es, cada vez en mayor medida, una arena decisiva de conflicto y donde los nuevos medios de comunicación crean las condiciones para una democratización y fragmentación del debate sobre las concepciones del bien. La democracia liberal *refuerza* esa canalización del conflicto político, por razón de sus principios normativos y su estructura institucional. Y consagra, con ello, la definitiva normalidad de los movimientos sociales, por más que éstos puedan seguir representando el drama de la ruptura.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTONIADES, Andreas (2003): «Epistemic Communities, Epistemes and the Construction of (World) Politics», en *Global Society*, vol. 17, n.º 1, pp. 21-38.
- AMOOORE, Louise (ed.) (2005): *The Global Resistance Reader*, Londres: Routledge.
- BAKER, Gideon (2003): «Unstable Subjects and Unknowable Others: Is Political Representation Possible?», artículo presentado a las sesiones de la ECPR en Edimburgo, 28 marzo-2 abril.
- BLOM, Amélie (2003): «Redes internacionales de protesta», en José Vidal Beneyto (dir.), *Hacia una sociedad civil global*, Madrid: Taurus, pp. 321-345.
- BROWN, Chris (2002): *Sovereignty, Rights and Justice: International Political Theory Today*, Cambridge: Polity.
- CALLE, Ángel (2007): «El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 120, octubre-diciembre, pp. 133-154.
- CASTELLS, Manuel (1999): «Grassrooting the space of flows», en *Urban Geography*, vol. 20, n.º 4, pp. 294-302.
- CHANDLER, David (2003): *Constructing Global Civil Society. Morality and Power in International Relations*, Houndmills: Palgrave Macmillan.
- CHATFIELD, Charles (1999): «International and Nongovernmental Associations to 1945», en Smith *et al.* (eds.), *Transnational Social Movements and Global Politics. Solidarity Beyond the State*, Syracuse: Syracuse University Press, pp. 19-41.
- CHUANG, Ya-Chung (2004): «Re-theorizing Social Movements in a Changing Global Space», en Allen Chun (ed.), *Globalization. Critical issues*, Nueva York: Berghahn Books, pp. 12-23.
- CLARK, John (2003): «Conclusions: Globalizing Civic Engagement», en John Clark (ed.), *Globalizing Civic Engagement. Civil Society and Transnational Action*, Londres: Earthscan, pp. 164-175.
- COHEN, Robin, y RAI, Shirin M. (2000): «Global Social Movements. Towards a cosmopolitan politics», en Robin Cohen y Shirin Rai (eds.), *Global Social Movements*, Londres: The Athlone Press, pp. 1-17.
- DEBORD, Guy (1999): *La sociedad del espectáculo*, Valencia: Pre-Textos.
- DELLA PORTA, Donatella, y KRIESI, Hanspeter (1999): «Social Movements in a Globalizing World: an Introduction», en Della Porta *et al.* (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Houndmills: Macmillan, pp. 3-22.
- DELLA PORTA, Donatella, y RUCHT, Dieter (1995): *Social Movements, Political Violence and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DELLA PORTA, Donatella, y TARROW, Sidney (2004): en Donatella Della Porta (ed.), *Transnational Protest and Global Activism. People, Passion, Power*, Cheltenham: Rowman & Littlefield, pp. 1-17.
- DOHERTY, Brian, y DOYLE, Timothy (2006): «Beyond Borders: Transnational Politics, Social Movements and Modern Environmentalisms», en *Environmental Politics*, vol. 15, n.º 5, pp. 697- 712.
- DRAINVILLE, André C. (2004): *Contesting Globalization. Space and place in the world economy*, Londres: Routledge.
- DRYZEK, John (2001): «Resistance is Fertile», en *Global Environmental Politics*, vol. 1, n.º 1, pp. 11-17.
- EDER, Klaus (1993): *The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies*, Londres: Sage.

EDER, Klaus (1998): «La institucionalización de la acción colectiva. ¿Hacia una nueva problemática teórica en el análisis de los movimientos sociales», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*, Madrid: Trotta, pp. 337-360.

FERNÁNDEZ-BUEY, Francisco (2005): *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible*, Barcelona: Ediciones B.

FORD, Lucy H. (2003): «Challenging Global Environmental Governance: Social Movement Agency and Global Civil Society», en *Global Environmental Politics*, vol. 3, n.º 2, pp. 120-135.

FRANK, Thomas (1997): *The conquest of cool. Business culture, counterculture and the rise of hip consumerism*, Chicago: Chicago University Press.

GAMSON, William (1992): *Talking Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

GOODWIN, Jeff; JASPER, James M., y POLLETTA, Francesca (2004): «Emotional Dimensions of Social Movements», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 413-432.

GRAU, Elena, e IBARRA, Pedro (eds.) (2004): *La red en la calle. ¿Cambios en la cultura de la movilización?*, Barcelona: Icaria.

HAAS, Peter (1992): «Introduction: Epistemic Communities and International Policy Coordination», en *International Organization*, vol. 46, pp. 1-35.

HALPERIN, Sandra, y LAXER, Gordon (eds.) (2003): *Global Society and its Limits*, Londres: Palgrave Macmillan.

HAMEL, Pierre, y MAHEU, Louis (2004): «Beyond New Social Movements: Social Conflicts and Institutions», en Kate Nash y Alan Scott (eds.), *The Blackwell Companion to Political Sociology*, Londres: Blackwell, pp. 261-270.

HARDT, Michael, y NEGRI, Antonio (2002): *Imperio*, Barcelona: Paidós

— (2004): *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona: Debate.

HEATH, Joseph, y POTTER, Andrew (2005): *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Madrid: Taurus.

HELD, David, y MCGREW, Anthony (2003): *Globalization/Anti-Globalization*, Londres: Polity.

HOUTART, François (2001): «La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo», en José Seoane y Emilio Taddei (eds.), *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires: Clacso, pp. 63-70.

HUNT, Scott A., y BENDFORD, Robert D. (2004): «Collective Identity, Solidarity, and Commitment», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 433-452.

IBARRA, Pedro (1999): «Los movimientos por la solidaridad; ¿un nuevo modelo de acción colectiva?», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 88, pp. 233-258.

— (2005): *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*, Madrid: Síntesis.

IGNATOW, Gabriel (2007): *Transnational Identity Politics and the Environment*, Lanham: Lexington Books.

KALDOR, Mary (1999): «Transnational Civil Society», en T. Dunne y N. Wheeler (eds.), *Human Rights in Global Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

— (2003): *Global Civil Society. An Answer to War*, Cambridge: Polity.

KECK, Margaret, y SIKKINK, Kathryn (eds.) (1998): *Activists Beyond Borders. Advocacy Networks in International Politics*, Ithaca: Cornell University Press.

KHAGRAM, Sanjeev; RIKER, James V., y SIKKINK, Margaret (2002): «From Santiago to Seattle: Transnational Advocacy Groups Restructuring World Politics», en Sanjeev Khagram *et al.* (eds.), *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks and Norms*, Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 3-23.

KLANDERMANS, Bert (2004): «The Demand and Supply of Participation», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 360-379.

KLEIN, Naomi (2001): *No logo. El poder de las marcas*, Barcelona: Paidós.

— (2002): «Farewell to the “end of history”. Organization and vision in anti-corporate movements», en Amore (ed.), *The Global Resistance Reader*, Londres: Routledge, pp. 158-168.

KUECHLER, Manfred, y DALTON, Russell J. (1990): «New Social Movements and the Political Order: inducing Change for Long-term Stability?», en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge: Polity, pp. 277-300.

KURLANSKY, Mark (2004): *1968. El año que conmocionó al mundo*, Barcelona: Debate.

LAHUSEN, Christian (1999): «International campaigns in context: collective action between the local and the global», en Della Porta *et al.* (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Houndmills: Macmillan, pp. 189-205.

LINKLATER, Andrew (1998): *The Transformation of Political Community*, Cambridge: Polity.

LUBECK, Paul (2000): «The islamic revival: Antinomies of Islamic Movements under Globalization», en Robin Cohen y Shirin Rai (eds.), *Global Social Movements*, Londres: The Athlone Press, pp. 146-164.

MacINTYRE, Alasdair (1988): *Whose justice? Which rationality?*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.

MAHEU, Louis (1996): «A modernist look at post-industrialization and the ambivalence of social movements», en J. Clark y M. Diani (eds.), *Alain Touraine*, Londres: The Falmer Press.

McADAM, Douglas (1998): «Orígenes conceptuales, problemas actuales, direcciones futuras», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*, Madrid: Trotta, pp. 89-107.

McCARTHY, John D. (1997): «The Globalization of Social Movement Theory», en Smith *et al.* (eds.), *Transnational Social Movements and Global Politics. Solidarity Beyond the State*, Syracuse: Syracuse University Press, pp. 243-259.

MELUCCI, Alberto (1988): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres: Hutchison.

— (1996): *Challenging Codes. Collective action in the information age*, Cambridge: Cambridge University Press.

— (1998): «La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*, Madrid: Trotta, pp. 361-382.

MEYER, David, y TARROW, Sidney (1998): *The Social Movement Society: Contentious Politics and the New Century*, Boulder: Rowman and Littlefield.

MILLER, Byron (2004): «Spaces of Mobilization: Transnational Social Movements», en Clive Barnett y Murray Low (eds.), *Spaces of Democracy. Geographical Perspectives on Citizenship, Participation and Representation*, Londres: Sage, pp. 223-246.

MORENO DEL RÍO, Carmelo (2006): «Antiglobalismo», en J. Antón Mellón (ed.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid: Tecnos, 2.ª ed.

O'BYRNE, Darren (2003): *The Dimensions of Global Citizenship*, Londres: Frank Cass.

OFFE, Claus (1990): «Reflections on the Institutional Self-Transformation of Movement Politics: A Tentative Stage Model», en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Cambridge: Polity, pp. 232-250.

OLESEN, Thomas (2005): «World Politics and Social Movements: The Janus Face of the Global Democratic Structure», en *Global Society*, vol. 19, n.º 2, abril, pp.109-129.

OLZAK, Susan (2004): «Ethnic and National Movements», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 666-693.

PASSY, Florence, y GIUGNI, Marco (eds.) (2001): *Political Altruism. Solidarity Movements in International Perspective*, Cheltenham: Rowman & Littlefield.

PAZ, Octavio (1983): *Los signos en rotación*, Madrid: Alianza.

RORTY, Richard (1989): *Contingency, irony and solidarity*, Cambridge: Cambridge University Press.

ROSENAU, James (2006): *The Study of World Politics. Volume 2: Globalization and governance*, Londres: Routledge.

RUCHT, Dieter (1999): «The Transnationalization of Social Movements: Trends, Causes, Problems», en Della Porta *et al.* (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Houndmills: Macmillan, pp. 206-223.

SASSEN, Saskia (2007): *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires: Katz Editores.

SCHOLTE, Jan Aart (2000): *Globalization. A critical introduction*, Houndmills: Palgrave.

SHAW, Martin (2003): «The Global Transformation of the Social Sciences», en Mary Kaldor *et al.* (eds.), *Global Civil Society 2003*, Oxford: Oxford University Press, pp. 35-44.

SLOTERDIJK, Peter (2002): *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales en la modernidad*, Valencia: Pretextos.

SMITH, Jackie (2004): «Transnational Processes and Movements», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 311-335.

SMITH, Jackie; CHATFIELD, Charles, y PAGNUCCO, Ron (1997a): «Social Movements and World Politics: A Theoretical Framework», en Smith *et al.* (eds.), *Transnational Social Movements and Global Politics. Solidarity Beyond the State*, Syracuse: Syracuse University Press, pp. 59-79.

— (1997b): *Transnational Social Movements and Global Politics. Solidarity Beyond the State*, Syracuse: Syracuse University Press.

SMITH, Jackie, y JOHNSTON, Hank (2002): «Globalization and Resistance: An Introduction», en Jackie Smith y Hank Johnston (eds.), *Globalization and Resistance. Transnational Dimensions of Social Movements*, Lanham: Rowan & Littlefield, pp. 1-10.

SMITH, Jackie; PAGNUCCO, Ron, y ROMERIL, Willie (1994): «Transnational Social Movements Organizations in the Global Political Arena», en *Voluntas*, vol. 5, pp. 121-154.

SNOW, David; WORDEN, E. B., y BENFORD, R. D. (eds.) (1986): «Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation», en *American Sociological Review*, vol. 51.

SNOW, David A., y BENFORD, Robert D. (1992): «Master Frames and Cycles of Protest», en A. Morris y C. McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press.

SNOW, David; SOULE, Sarah A., y KRIESI, Hanspeter (eds.) (2004a): *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell.

SNOW, David; SOULE, Sarah A., y KRIESI, Hanspeter (eds.) (2004b): «Mapping the Terrain», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 3-16.

TARROW, Sidney (2002): «From Lumping to Splitting: Specifying Globalization and Resistance», en Jackie Smith y Hank Johnston (eds.), *Globalization and Resistance. Transnational Dimensions of Social Movements*, Lanham: Rowan & Littlefield, pp. 229-250.

— (2004): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza, 2.ª ed.

TAYLOR, Rupert (2004): *Creating a Better World: Interpreting Global Civil Society*, Bloomfield: Kumarian Press.

TILLY, Charles H. (1984): *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York: Sage.

TOMLINSON, John (1999): *Globalization and culture*, Londres: Polity.

TOURAINE, Alain (1981): *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.

— (1988): *The Return of the Actor*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

URRY, John (2003): *Global Complexity*, Cambridge: Polity.

VALLESPÍN, Fernando (2000): *El futuro de la política*, Madrid: Taurus.

VIDAL BENEYTO, José (dir.) (2003): *Hacia una sociedad civil global*, Madrid: Taurus.

WAGNER, Antonin (2000): «The role of civil action in a global society: towards a politics of sustainable globalization», en Giorgio Vittadini (coord.), *I servizi di pubblica utilità alla persona*, Milán: Franco Angeli, pp. 17-25.

WALKER, R. B. J. (1994): «Social movements/world politics», en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 23, n.º 3, pp. 669-700.

WHITTIER, Nancy (2004): «The Consequences of Social Movements for Each Other», en Snow *et al.* (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, pp. 531-551.

WOLFE, Tom (1973): *La izquierda exquisita*, Barcelona: Anagrama.